

## “LAS COSAS HAN CAMBIADO DESDE QUE MURIÓ MAMÁ. ¿QUÉ ME PASA?” UNO DE LOS CAPELLANES DEL HERALD OFRECE CONSEJOS

*El Herald Católico*

*23 de diciembre de 2024 a las 21:24*



**Católica preocupada :** *Mi madre y yo éramos muy unidas. Como hija soltera que vivía cerca, la vi mucho durante su vejez. Íbamos juntas a misa todos los domingos y a menudo también durante la semana. Ella murió en paz; el funeral fue muy hermoso. Posteriormente, las cosas han cambiado. Me siento muy vacía. No siento nada cuando voy a misa ahora. No estoy segura de creer que mi madre esté disfrutando de la vida eterna. No estoy segura de creer en algo de eso. ¿Fue solo la fe de mi madre? ¿Qué me pasa?*

**Capellán :** No te pasa nada malo. Amabas mucho a tu madre. Se nota que las dos eran muy unidas. La muerte es muy dolorosa y, a menudo, se siente con especial intensidad en esta época del año. Ya no podemos hablar, ver o tocar a alguien como lo hacíamos antes. El dolor es la respuesta natural a esto. Adopta diferentes formas y llega en diferentes momentos, pero, como bien sabes, es muy real.

Ten paciencia contigo mismo. Cuando estés listo, habla con otras personas, especialmente con aquellas que hayan perdido a seres queridos: sobre tu madre, sobre tu relación con ella, sobre tu experiencia actual. Habla también con Dios, con tus propias palabras. No digas simplemente las cosas piadosas y convencionales que crees que Él espera que digas. Cuéntale sobre tu vacío, tus dificultades para creer, tu enojo con Él, si eso es lo que sientes. Dios te ama y quiere que seas honesto con Él. Él puede ayudarte y te ayudará.

Los católicos sufrimos y sentimos como otras personas. Sin embargo, nuestra fe habla en situaciones como ésta.

Recuerde la oración que probablemente pronunció el sacerdote en la misa del funeral de su madre: “Señor, para tus fieles, la vida cambia, no termina”. Su madre no dejó de existir cuando partió de este mundo. Lo que sucede en la muerte terrenal es la separación momentánea de las dos cosas que constituyen la persona humana: cuerpo y alma, mente y materia. Fue el cuerpo de su madre el que envejeció y murió. Dios no quería que sufriera indefinidamente.

Sin embargo, su mente, su amor, su personalidad –la dimensión más importante de ella– es algo espiritual. Por definición, no está sujeta a la decadencia material y a la muerte. Existe la supervivencia –y creemos que, al final de los tiempos, el alma se reúne con un cuerpo resucitado y glorificado. Usted puede tener la esperanza de volver a ver a su madre.

No se trata de un simple silbido al viento para consolarnos en momentos como este. Nuestra fe se basa en la resurrección física e histórica de Jesucristo: su promesa de vida eterna a quienes creen en él. Jesús ama mucho a tu madre. Murió y resucitó para ocuparse de todo lo que pudiera separarla del amor de Dios o de la esperanza del cielo.

No te culpes por lo que estás sintiendo –o por lo que no estás sintiendo– ahora. Tal vez puedas retomar las lecturas de las Sagradas Escrituras del funeral de tu madre y las otras lecturas que la Iglesia recomienda para los funerales.

Tómalas una a la vez, léelas despacio y con cuidado, y vuelve a ellas. Escucha al Señor que te habla.

Veréis que vuestra experiencia no es muy distinta a la de aquellos que en los Evangelios lloraron la muerte de Jesús.

María Magdalena había amado mucho a Nuestro Señor. No pudo hacer otra cosa que llorar ante el sepulcro después de Su muerte y sepultura. La vida parecía no tener nada más que ofrecerle. Entonces Jesús le habló por su nombre; le confió la misión de compartir con los demás la buena noticia de la Resurrección. Pensad en los dos discípulos en el camino de Emaús, aquel primer Domingo de Pascua. No reconocieron al Señor Resucitado; sus rostros estaban abatidos, todas sus esperanzas parecían haberse desvanecido. A Su tiempo, el Señor se acercó a ellos y les explicó lo que había sucedido.

Vuestra situación es muy parecida a la de los primeros discípulos y creyentes a lo largo de los siglos. Ellos sufrieron la pérdida de un ser querido. Fueron consolados por el Señor Resucitado, pero no sin antes haber experimentado ese dolor punzante, ese vacío que los entorpece. Podemos aprender de aquellos dos discípulos en el camino de Emaús.

Encontraron al Señor Resucitado en la Escritura y en la Eucaristía. En ningún otro lugar de esta tierra estamos más cerca del Señor y de los fieles difuntos que en la celebración de la Misa. No dejéis de ir a la iglesia, aunque no sintáis nada en ese momento. Lo sintamos o no, el Señor Resucitado está allí, como lo estuvo para los primeros discípulos.

En la Misa estaréis más cerca de vuestra madre que en cualquier otro lugar de la tierra.

Sigue hablando con tu madre. Agradécele su amor y el don de la fe que te transmitió. Reza por ella; habla con tu párroco y pídele que celebre una misa por ella. Que Dios los bendiga a ambos.